

Serie de ensayos y recopilaciones

Por **Felipe Woichejosky : .**

Villa Gesell - Argentina -

Los Evangelios apócrifos

Actualización digitalizada por los QQ: .HH: .

Genaro de Jesús Mena Lizama : .

Yucatán - México

y

Ricardo E. Polo : .

Mar del Plata - Argentina -

Edición 2003

Auspiciado por

LogiaRED

Editado por la Revista **Hiram Abif**

Nota para a esta edición:

Felipe Woichejosky es un pensador argentino, que militó durante cierto tiempo en las Listas masónicas de la web. Un día decidió regresar al silencio de su estudio y la satisfacción de la pintura. Habita un territorio, junto al mar, que reúne las condiciones de paz y tranquilidad necesarias para la meditación y el crecimiento espiritual.

Quienes hemos disfrutado de sus razonamientos, su erudición y su carácter fuerte, activo y emprendedor, no podemos conformarnos con su promesa de regresar un día, después de haber meditado. O no regresar nunca por haber hallado ese estado de tranquilidad, al que se aspira luego de una vida de trabajo y esfuerzos.

Aquellos que hemos leído sus trabajos y analizado sus proposiciones, no podemos silenciarlos ni dejarlos descansar en algún estante de biblioteca, alguna carpeta de archivo en la pc o en los e-mail que llevaban sus ideas a las Listas masónicas.

Listas dentro de las cuales fue admirado y también discutido, no siempre por quienes tienen claridad de pensamiento o como libre-pensadores que debieran estar en capacidad de analizar y comprender.

Por eso hemos decidido reeditar sus proposiciones y ponerlas a consideración de nuestros lectores, a quienes a través de la revista **Hiram Abif** llevamos ideas y trabajos que consideramos formativos e informativos, para nuestros QQ: .HH:. Este es uno de ellos.

Ricardo E. Polo : .

Los Evangelios Apócrifos

En los últimos tiempos muchas personas vienen manifestado un renovado interés en los llamados Evangelios apócrifos. De sus apreciaciones se desprende una cierta expectativa —una esperanza— de que la verdad se encuentra en ellos revelada de alguna manera. Hay quienes llegan a pensar que si se conocieran estos escritos —estas verdades— se derrumbarían las estructuras doctrinales que soportan a la iglesia Católica. Nada más lejos de la verdad. No hay en ellos nada que pudiera conmover sus estructuras.

Lamento desilusionarlos. Dicho sea de paso, les comento que todos los escritos que responden a esta definición son conocidos desde hace mucho tiempo, y están al alcance de cualquiera que se proponga conocerlos.

Los Evangelios apócrifos —en su gran mayoría— corresponden a falsificaciones que gozaron de gran aceptación entre la masa de creyentes rústicos e ignorantes. La mayor parte de ellos fueron escritos entre los siglos II y IV de nuestra era. Muchos fueron usados en algunas partes hasta bien entrado el siglo IX, a pesar de que el *canon* fuera claramente fijado en el siglo IV.

Apócrifo proviene etimológicamente de ἄϋδου ἔνϋδου y significa “cosa oculta, escondida”.

Esta denominación servía en la antigüedad para designar los libros destinados al uso privado de los miembros de sectas o agrupaciones iniciáticas, tales como (entre los romanos) los libros *Sibilinos* y el *Ius Pontificum*. Con el tiempo y por causa del gran desprestigio que estos documentos causaron —hayan sido heréticos u ortodoxos— esta palabra fue adquiriendo paulatinamente el significado de “libro o cosa de origen dudoso”.

En su momento prestaron en algunos casos grandes beneficios a la iglesia, y a muchos obispos y Padres de la misma, le permitieron alcanzar ciertos objetivos de carácter (generalmente) político (eli-

minar adversarios, escalar posiciones, obtener nombramientos, etc.).

La noción de apócrifo neotestamentario es difícil de precisar, por haberse dado a este término un significado muy elástico al correr de los tiempos, “amparando bajo su sombra multiplicidad de escritos muy diversos entre sí”. (Santos Otero) Esta noción, está íntimamente ligada con el concepto de canon de las “sagradas escrituras”. (Amman)

Estos escritos han desarrollado temas análogos a los tratados en los libros canónicos del Nuevo Testamento, y pretendieron en forma más o menos velada arrogarse el carácter de “sagrados”, y equipararse así a los que la Iglesia (en el siglo IV) ha aceptado como “inspirados”. Podemos clasificar los apócrifos en cuatro grandes grupos:

- * Evangelios
- * Hechos
- * Epístolas
- * Apocalipsis

Los eventos más numerosos se concentran en los dos primeros grupos. A su vez, podemos subclasificarlos en dos grupos:

1. Los que fueron (o son) citados por autores eclesiásticos y presentan un perfil ortodoxo, por ejemplo: “*el Pastor de Hermas*”, la “*Carta de Bernabé*”, el “*Evangelio de los Hebreos*”.
2. Los de carácter herético, que pretendieron reemplazar a las escrituras canónicas: los Evangelios de “*Pedro*”, “*Tomás*”, “*Matías*”, “*los Hechos de Juan*”, la “*Pistis Sophia*”, etc.

Es oportuno destacar que herético no define claramente nada. Herético se era, en la gran mayoría de los casos, cuando no se aprobaba lo

que pretendía imponer la autoridad religiosa suprema de turno.

La literatura apócrifa alcanza su mayor esplendor en los primeros tiempos del cristianismo, integrado por una masa ignorante, fuertemente influenciada por una tradición oriental, moviéndose en la busca de un “salvador”.

El mismo parecía ocultarse tras un velo de misterios y leyendas, milagros y hechos inigualables. Las respuestas que no se encontraban en los Evangelios canónicos parecían querer saltar de las últimas palabras del Evangelio de San Juan: *“Hay además muchas otras cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran”*. (Jn. 21.25 Biblia de Jerusalén)

Hoy como ayer son muchos los que piensan que tales maravillosas verdades permanecen ocultas en algún misterioso manuscrito apócrifo, y muchos son los que —como en aquellos tiempos— lucran con la credulidad del ignorante auditorio.

No existe un nuevo camino hacia la salvación. No hay verdades ocultas. No hay respuestas a las eternas preguntas.

Todos los apócrifos neotestamentarios fueron escritos (sin excepción) por cristianos. Y todos ellos, son falsificaciones. (Bardenhewer, teólogo católico)

En nuestro tiempo, probable influencia del *new age*, o de la falta de respuestas apremiantes a los graves problemas que afligen a vastos sectores de la humanidad, ante la pérdida del rumbo, surge nuevamente una ávida predisposición hacia lo extraordinario, lo improbable y lo maravilloso, *“una enorme inclinación hacia lo oculto y misterioso, una credulidad que, mutatis mutandis, vuelve a extenderse para ventaja de los pescadores de río revuelto”*. (Deschner)

Cada día más iglesias pugnan por quedarse con una porción mayor de la torta del mercado (de creyentes).

Los apócrifos sirven así para “respaldar” una vez más, posiciones antagónicas, sirven para “demostrar” otras verdades, sirven para impulsar con sus embustes y fantasías pasadas de moda, —nuevas creencias—, y para conseguir nuevos adeptos. Sirven también como tarjeta de presentación a nuevos doctores de la religión, pero no traen nada nuevo —pura paja y nada de trigo—.

La humanidad entera ha sobrevivido sin ellos, lo seguirá haciendo, y nada se perdería si desapareciesen.

Se conocen alrededor de cincuenta Evangelios apócrifos, pero tan solo conocemos el texto completo de unos pocos. Gran parte de ellos “se han perdido por completo”, tal es el caso del *“Evangelio de Judas”*, utilizado por los cainitas a mediados del siglo II. Informaban éstos que Judas fue el único apóstol que entendía a Jesús.

Es muy poco lo que se sabe del *“Evangelio de la Consumación”* o del *“Evangelio de Eva”*, que usaban los nicolaitas, una secta libertina que desapareció a fines del siglo II. Los Padres de la Iglesia les atribuían excesos sexuales, motivo por el cual en la Edad Media se llamó nicolaitas a quienes se oponían al celibato. (Raike y Rost)

Hubo épocas en que lo gnóstico y lo católico no estaban separados. Había grupos eclesiásticos que empleaban Evangelios apócrifos en lugar de los llamados “canónicos”.

Este es el caso (principalmente) de los judeo-cristianos, con sus *“Evangelios de los Nazarenos, de los Ebionitas y de los Hebreos”*. Se los usó por mucho tiempo y se los mencionaba con frecuencia hasta el siglo XIV (Raike y Rost) Fueron escritos a mediados del siglo II, con excepción del último, que probablemente haya sido escrito entre los años 50-100 d.C. Los ebionitas negaban el nacimiento virginal de Jesús y en consecuencia, fueron considerados heréticos. Los ebionitas pueden ser considerados como los descendientes más inmediatos de la comunidad cristiana primitiva. Eran vegetarianos y se manifestaban contrarios a toda clase de culto. (Vielhaner)

Algunos Evangelios ficticios (apócrifos) circulan directa o indirectamente bajo el nombre de Jesús, por ejemplo: la *“Pistis Sophia”* (Evangelio de Valentín). El mismo fue falsificado en Egipto en el siglo III. En él podemos conocer detalles de las amenas charlas mantenidas entre Jesús y sus discípulos —y discípulas— a lo largo de los doce años que siguieron a su resurrección. En un momento dado, Jesús llama a Felipe y le dice: *“Ven, siéntate y escribe, (...) e inmediatamente Felipe se sentó y escribió”* — ¡un verdadero levantamiento de Actas! —. (Schmidt y Tell)

También aparecen bajo el nombre de Jesús otros Evangelios o escritos: *“El diálogo del Redentor”*, los dos *“Libros de Jeú”*, el *“Sophia Christi”*. En todos ellos Jesús habla en primera persona y responde solícitamente a cualquier pregunta. En los *“Libros de Jeú”* pide a los apóstoles que solo transmitan sus enseñanzas a quienes las merezcan: *“No se lo brindéis al padre o la madre, ni al hermano, ni a la hermana, ni a los parientes, ni por comida o bebida, ni por oro ni por plata, ni por nada de este mundo”*. (Puech)

En el siglo V apareció el *“Testamentum Domini nostri Jesu Christi”*. En él, los apóstoles Mateo, Pedro y Juan —con las correspondientes firmas y sellos— explican las instrucciones de Jesús. Sin embargo, cuando se trata de asuntos importantes —el fin del mundo, por ejemplo— la voz cantante la lleva el propio Jesús.

En el repertorio aparecen también Evangelios escritos por un único apóstol: *“En las palabras escritas que el Redentor dijo a Judas Tomás y que yo, Mateo, he escrito, y que he oído mientras que ambos hablaban”*. (el libro de Tomás el Atleta, escrito a mediados del siglo II)

También es falso el Evangelio de Felipe, en el que el apóstol efectúa algunos comentarios relacionados con los “apóstoles hebreos”. Asimismo, habla de tres mujeres santas que caminan constantemente junto al Señor: su madre, su hermana (...) y Magdalena, a quien llama “su compañera”. (koinonos)

Igualmente son inventados el “*Evangelio de Juan*” y el “*Evangelio de Santiago*”. En este último Jesús andaba malhumorado y sumamente atareado: “*Aquí debo acabar (...) y vuelvo a ascender*”. Al parecer, tanto Santiago como Pedro escucharon los himnos “*que me esperan en los cielos*”.

En efecto, hoy debo sentarme a la diestra del Padre. (¡Que conmovedor!)

Todos los llamados apócrifos son falsificaciones. Lo son el “*Evangelio de Pedro*”, el “*Libro de Enoc*”, el “*Apocalipsis de Pedro*”. Este último fue fraguado a principios del siglo II, y se lo conoce ampliamente desde 1910. Sin embargo, su texto difiere radicalmente cuando se lo compara con el fragmento griego encontrado en 1886.

También son falsos el “*Kerigma Petrou*”, el “*Apocalipsis de San Pablo*”, el “*Evangelio (copto) de los doce apóstoles*”, así como los de “*Melito*”, “*María*”, “*Evodia*” y “*José de Arimatea*”.

Son apócrifos todos los escritos incluidos en el “*Decretum Gelasianum*”, escrito que pretende ser el proceso verbal de un Concilio tenido por el papa Dámaso (†738) para regular las materias de fe (“*Incipt Concilium urbis Romae sub Damaso papa, de explanatione fidei*”). En él se consignan los libros canónicos y los apócrifos, al igual que otras obras sospechosas. Además del papa Dámaso se encuentra en algunos códices el nombre del papa Gelasio (†496) —como presunto autor— y el papa Hormisdas (†523), todos santos varones.

Se dice que el “*Decretum Gelasianum*” no es un documento oficial de la Iglesia: esto quiere decir que cuando conviene vale, y cuando no conviene, carece de todo valor (siempre hay que dejar una puerta abierta). Prueba de esto es que tanto San Isidoro de Sevilla (†636) como el papa Nicolás I (†865) usaron apócrifos cuando convino a sus propósitos.

¿Qué hay de interesante que valga la pena comentar a quien no se dedica al estudio profundo de las cuestiones religiosas? Absolutamente nada, salvo —eso sí— muchas cosas tontas y de mal gusto. Vayan como prueba unos pocos y selectos ejemplos:

En su Apocalipsis Pedro nos cuenta como Jesús ilustró en la palma de su mano derecha, lo que sucedería el día del juicio final (...) y como los malos serán aniquilados para toda la eternidad, —una gran esperanza para los cristianos. El Salvador describe muy detalladamente los futuros horrores, —por categoría: los que hablaron mal de la justicia serán colgados de la lengua (¡lo que nos espera a los argentinos...!). Bajo ellos, medio inmersos en un lago de fuego, están parados quienes dieron un paso más y violaron la justicia, ahí estarán parados por siempre mientras unos ángeles los amenazan y torturan. (¿no sabían ustedes que en el Infierno también hay ángeles que trabajan?). También hay algunos

desvergonzados que cometieron adulterio, colgados de los pies y con sus cabezas sumergidas en el ígneo lodo.

Pablo no se queda atrás y cuenta en su Apocalipsis que en varias ocasiones pudo entrar en los cielos y vio a los niños de Belén asesinados por Herodes, y también vio a David y lo escuchó cantando aluluyas en un elevado altar. Al igual que su colega, nos habla del sistema de castigos imperante en el Averno: quien habló mal de la Iglesia se la tendrá que pasar mordiendo la lengua; de acuerdo a la gravedad de sus pecados, los condenados están hundidos en el río ardiente hasta las rodillas, hasta la cintura o hasta la coronilla. Pero no todo es tan terrible: gracias a su intercesión y constantes ruegos a los ángeles, el bueno de Jesús concede a los condenados la liberación de los tormentos el domingo (!). No queda claro si descansaban en el mismo Infierno o se iban a pasear a alguna parte, y si lo hacían solos o en grupos.

San Agustín condenó indignado esta falsificación, a la que calificó de “*insensata y llena de no sé que fábulas*”. No obstante, como creía el mismo santo en las fábulas del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento. ¡Cómo creía en sus milagros, en la resurrección de los muertos, y en los demonios que poseían a las personas! Esas no eran cosas insensatas. —¡No señor!—

El Evangelio del Pseudo Tomás relata una serie de hechos curiosos ocurridos durante la infancia de Jesús entre los cinco y doce años de edad: el niño hacía milagros a cada rato y con cualquier cosa. Una sola palabra le bastaba para que las sucias aguas de un arroyo quedaran limpias y cristalinas, con barro modelaba pajaritos que volaban y gorjeaban, a un compañerito de juego medio travieso lo marchitó como si fuera un árbol, y a otro lo mató porque le golpeó la espalda (...). No sería justo si no les contara que cuando sus padres lo reprendían por estas cosas, Jesús los resucitaba, pero cuando ya nadie se atrevió a reprenderlo, dejó a muchos más secos que un bacalao. Mientras se entretenía con estos juegos, se mostró siempre bondadoso con los mayores (excepción hecha de un profesor al que fulminó porque pretendía decirle lo que debía hacer, “*Evangelio árabe de la infancia*” XLIX-1) e hizo resucitar a varios muertos.

En el protoevangelio de Santiago (falsificado por ortodoxos) el apóstol se desvive por demostrar la virginidad de María. Nos cuenta como poco después de su nacimiento es entregada a un santuario para niñas inmaculadas; a partir del tercer año en el templo recibe su alimento de la mano de un ángel; a los doce años es entregada —por indicación del cielo— al cuidado del (santo) José, un viudo bien entrado en años (por razones de seguridad); y a los dieciséis años queda embarazada por el Espíritu Santo. Una interesante explicación de cómo se operó este fenómeno se puede encontrar en el Evangelio Armenio de la Infancia, en el cual —en el Versículo 9 del Capítulo dedicado a la Anunciación— se puede leer que “*No bien hubo pronunciado la Virgen con toda humildad estas palabras, el Verbo de Dios penetró en ella por la oreja, y la naturaleza íntima de su cuerpo, con todos sus sentidos, fue santificada*

y purificada como el oro en el crisol. Quedó convertida en un templo santo, inmaculado, mansión del Verbo divino. Y en el mismo momento dio comienzo el embarazo de la Virgen” (...).

Santiago nos cuenta cuando tras el nacimiento del Salvador la comadrona constata el himen sin destruir; Salomé desconfía y examina también — introduciendo un dedo— ¡que se le cae de la mano! Afortunadamente le vuelve a crecer más tarde, cuando sostiene en sus manos al niño-dios.

Zeno de Verona y el Padre de la Iglesia Clemente Alejandrino propagaron el dogma de la eterna virginidad de María recurriendo a este “relato histórico”. (Haag y Bardenhewer)

—Cuando conviene, vale...—

En su momento gozaron de gran aceptación el “*Evangelio de María*” y las “*Preguntas de María*”, a las que el Señor responde ostensiblemente con prácticas obscenas. En cualquier caso, según el arzobispo perseguidor de “herejes” Epifanio, Jesús hace también la siguiente revelación a Santa María: la llevó consigo hasta la montaña, donde rezó. Después extrajo de su propio costado una mujer y comenzó a unirse con ella carnalmente. De ese modo, tomando su propio semen, le mostró como “hay que obrar para que vivamos”. María, evidentemente sorprendida, cayó al suelo; pero el Señor la incorporó nuevamente y le habló así: ¿“*Porque has dudado, mujer de poca fe?*” (Puech) Karlheinz Deschner dice que la investigación erudita tiene la impresión de que “*tales preguntas*” “*pertenecían al tipo habitual de los Evangelios gnósticos*”, por así decir: a revelaciones especiales, que el Salvador hacía a los creyentes elegidos, aunque hay quienes suponen (Puech) que “la interlocutora del Salvador” no sería la madre del Señor, “*como en otras obras del mismo género*”, sino Magdalena. Yo no creo que Magdalena se turbara fácilmente ante tal espectáculo, ni que necesitara tales explicaciones. ¿Y usted que cree?

Para terminar, —un broche de oro, como corresponde: la “*Doctrina de los Doce Apóstoles*” (o “*Didaché*”) causó un gran revuelo en el ámbito internacional, cuando fue descubierta en 1883 en la biblioteca constantinopolitana del Patriarca griego de Jerusalén. Se publicó como “*La doctrina del Señor a través de los doce apóstoles dirigida a los gentiles*”—aunque fue falsificada en el siglo II, cuando ya no quedaba vivo ninguno de ellos. Esta falsificación ejerció una gran influencia sobre la “*Didaskali*” Siria o apostólica (“*Doctrina católica de los santos discípulos*”); esta doctrina es un régimen redactado en el siglo III, que pretende —a pesar de esta circunstancia— haber sido elaborado en el Concilio

de Jerusalén: “*Ya que toda la Iglesia estaba en peligro de caer en la herejía, nos reunimos los doce apóstoles en Jerusalén y deliberamos sobre lo que sucedía, y todos de acuerdo decidimos escribir esta Didascalía católica para el fortalecimiento de todos vosotros*”.

¡Que generosidad y consideración de parte de la Iglesia y sobre todo de los apóstoles, siempre pensando en nuestro bien! Esto es algo que hoy ya nadie cree, ni los católicos, a pesar de que toda una autoridad de la literatura protocristiana como Otto Bardenhewer, dice que esta “*reunión, celebrada bajo la máscara de los apóstoles “el intento más antiguo que conocemos de un corpus juri canónico*”, entendiéndose por tal la recopilación del derecho eclesiástico de la Edad Media.

Mis queridos hermanos: olviden los apócrifos. Crean que con lo que acaban de leer tienen de sobra. Lean cualquier obra que les resulte apta para aprender algo útil o para recrearse. Si es posible lean a Gibbon, Shakespeare, Voltaire, Paine, Ingenieros, Shelley, Epicuro, Diógenes, Sócrates, Aristóteles... escuchen buena música, pinten, escriban, piensen, amen a los suyos, amen a su prójimo, amen a los animales, a la naturaleza... disfruten de la vida, pero no pierdan el tiempo con evangelios, --ni apócrifos ni canónicos--. Todos ellos son falsos, nada bueno hay en ellos. Lo que abunda es la hipocresía, el miedo, el fanatismo, la ignorancia, el arrepentimiento por un pecado que no cometimos, odio contra otros pueblos, odio para con los nuestros, y mucha sangre de inocentes, --que no creyeron. Pero no encontrarán en ellos nada vinculado con el arte, o con las ciencias. No encontrarán absolutamente nada útil para aprender. Nada que les guíe y ayude a conquistar la felicidad y la libertad. Fueron escritos por quienes descubrieron cómo controlar a los hombres--, y vivir a sus expensas.

No alienten temores. Confíen en sus propias fuerzas y capacidad.

¿Existe Dios?

—No lo sé.

¿El hombre es inmortal?

—No lo sé.

—Lo que sí sé, (como dijo Ingersoll) es que no existe ninguna esperanza, ninguna creencia, ningún temor, capaces de alterar los hechos. Estos son como son, y serán como deban ser.

Felipe Woichejosky